

# El «Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana», de Rufino José Cuervo.

Pasado y presente de un sueño hecho realidad

Marisa Regueiro \*

«**S**I a alguno un día le aguarda, por la dura sentencia del juez, una vida condenada a tribulaciones y suplicios, no le fatiguen los calabozos, con su hacinamiento y sus trabajos, ni maltrate sus duras manos la excavación de las minas: *que componga diccionarios*; pues —¿qué espero a decirlo?— todas las formas de castigo las tiene, él solo, este menester» (José Justo Scalígero, 1540-1609).

\* Licenciada en Filología Hispánica. Madrid.

La fase de Scalígero sobre el duro menester del lexicógrafo recobró su vigencia el pasado mes de julio, con motivo de la presentación oficial en Madrid de una de las obras editoriales más largamente esperadas: los ocho tomos, desde la A a la Z, del «Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana», de Rufino José Cuervo. Había transcurrido tanto tiempo desde que la muerte interrumpiera el esfuerzo del ilustre lingüista bogotano en 1911, que pareció increíble que el magno proyecto estuviera acabado. Pasados los fastos de la presentación, conviene acercarse al Diccionario, tal como lo concibió Cuervo, y al proceso que hizo posible su publicación íntegra para explicarnos en qué medida responde a los deseos y expectativas de su autor, en su propio tiempo y vivencia, y para valorar la utilidad del esfuerzo.

### José Rufino Cuervo, la pasión por la lexicografía

SUCESOR del ilustre americano Andrés Bello, José Rufino Cuervo nació en 1844, en Bogotá, apenas catorce años después de la disolución de la Gran Colombia y la instauración de la República de Nueva Granada, rebautizada en la Constitución de 1863 como Estados Unidos de Colombia. De sólida formación humanística, hablaba latín, griego, francés, alemán, italiano y portugués. Cuando iba a cumplir treinta años, heredó el producto de la venta de una fábrica de cerveza y se instaló en París para dedicarse a su *diccionario*. Vivió su pasión lexicográfica sin más concesiones que sus salidas a misa, sus cortos paseos por el Sena y su rosario vespertino. Su hermano Angel y un copista pasaban a limpio sus notas y fichas; el lingüista seleccionaba de los clásicos españoles el ejemplo literario adecuado, y se afanaba en la redacción de cada artículo, al que llamaba «monografía».

Llegó a publicar los dos primeros tomos del diccionario en París —en 1886 y 1893 respectivamente— que contenían las letras A a D. Pero muchas de las fichas de Cuervo no fueron editadas por una evidencia poco grata: después del ingente trabajo emprendido —según refiere Casares (1)— es posible que una de las circunstancias que amargaron los últimos

(1) Casares, Julio: «Introducción a la Lexicografía Moderna», CSIC, Madrid, 1992, 3.ª ed.

años de la vida de Cuervo fuera la certeza de que los materiales con los que había trabajado fueran textos «indignos de la confianza que puso en ellos». Triste evidencia para un lingüista científico de convicción y de hecho como Cuervo.

*El joven Cuervo fue un lexicógrafo de su tiempo.* Frente al tradicional perfil del lexicógrafo no lingüista de siglos anteriores, desde inicios del XIX los lingüistas reclaman para su labor científica la responsabilidad lexicográfica. Como bien expresa Seco: «Precisamente en la primera mitad del siglo XIX, cuando nace la ciencia lingüística moderna, los gramáticos y los filólogos empiezan a hacer diccionarios, porque entienden que nada que verse sobre la lengua debe serles ajeno a los estudiosos de ella» (2).

Esta «invasión pacífica de la lexicografía por los lingüistas», en palabras de Seco, tiene una finalidad (3): mejorar la calidad de la información del diccionario, apoyándola sobre bases metodológicas más sólidas que las empleadas hasta entonces. De ahí, la *aplicación del método histórico en el trabajo lexicográfico*, de acuerdo con la Lingüística vigente en la época. A lo largo del siglo, los lingüistas —Cuervo incluido— intentan avanzar en la aplicación del mismo, apoyando sus afirmaciones lexicográficas en una amplia documentación sobre la evolución de cada unidad léxica. De esta aspiración científica de rigor metodológico, Cuervo es, sin duda, un ejemplo inigualable en lengua española.

## El proyecto y la obra de Cuervo

LA voluminosidad, la *extensión del corpus* de los dos primeros tomos editados en vida de Cuervo nos lleva a preguntarnos cómo fue posible que concibiera un proyecto tan ambicioso, sin contar con los esfuerzos de institución oficial o normativa de apoyo. Se trata de un *diccionario no normativo*, esto es, un diccionario elaborado fuera de instancias «oficiales» como las Academias de la Lengua. Precisamente entre 1845 y 1853, la *actividad lexicográfica española*

(2) Seco, M.: «Los diccionarios históricos». En *Estudios de Lexicografía Española*. Ed. Paraninfo. Madrid, 1987, pp. 50 y ss.

(3) El nacimiento de la filología románica iniciada en Alemania por F. Diez, el descubrimiento de las relaciones con las lenguas indoeuropeas, el comparatismo como método; y el poder lógico-racionalista de la Gramática de Port Royal precedente del siglo anterior y asentada en Francia influirán en esta realidad.

*independiente* manifiesta un inusitado incremento, con varios diccionarios no académicos de evidente *inspiración francesa*. Tampoco resulta extraño que Cuervo escogiera París como horizonte para su proyecto: desde las primeras décadas del siglo, Francia se había transformado en un centro editorial lexicográfico indiscutible, con proyección en las colonias emancipadas de la corona española y con la presencia de muchos americanos ilustres exiliados que se integraron a la labor redactora parisiense (4). En menos de dos décadas, se llevan a cabo, total o parcialmente, magnos proyectos editoriales con afanes enciclopédicos, que compitieron —o intentaron competir— vigorosamente con el monopolio lexicográfico académico (5).

La crítica fundamental que estos activos lexicógrafos independientes dirigían al Diccionario académico era la *cortedad de su repertorio* (6), amén de otras deficiencias en la definición. Cuervo también se sumó a esta corriente; publicó en 1874, en el tomo I del Anuario de la Academia Colombiana, sus «Observaciones sobre el Diccionario de la Real Academia Española», referidas a la edición de 1869, y consiguió que muchas de sus críticas fueran tomadas en cuenta en la edición de 1884. No es extraño, pues, que Cuervo soñara, ante la que consideraba limitada aportación del diccionario académico español, con una obra voluminosa, en esa Europa que había visto crecer y desarrollarse —a lo largo de casi dos centurias— grandes proyectos lexicográficos, entre ellos, el nuevo modelo del «diccionario enciclopédico» creado en el XVII, en lengua moderna, con ordenamiento alfabético de los materiales, indicaciones de tipo lingüístico y, en múltiples ocasiones, bajo la denominación de «diccionario», o «gran diccionario» (7).

(4) Un ejemplo de ilustre emigrado es Vicente Salvá, quien había establecido su propia editorial en París, en la que publicó, entre otras obras, una reimpresión de la octava edición del Diccionario de la Academia.

(5) Entre ellos, el «Diccionario» de Labernia, editado en 1844; el «Nuevo Diccionario» de Vicente Salvá, de 1846; el «Diccionario Nacional» de Ramón Joaquín Domínguez, editado entre 1846 y 1847; el «Diccionario general» de Caballero y Arnedo, de 1849; el «Gran Diccionario» de Castro, que quedó inconcluso hacia 1852. Y sobre todo, el «Panléxico» de Juan Peñalver (1842), que estaba inspirado en el «PanLéxico» de Charles Nodier, revisión a su vez del «Dictionnaire universel» de Boiste.

(6) Como expresa Manuel Seco, esta actividad lexicográfica independiente pretende competir con las obras lexicográficas de la Academia mediante el «aumento de caudal, que lleva a estos autores a desbordar los límites del diccionario de la lengua».

(7) La primera obra que responde a este modelo es *Le Grand Dictionnaire Historique* de Louis Moréri, en 1674; el *Lexicon Universale*

El Siglo de las Luces ofrece el resultado enciclopédico de magnos proyectos colectivos, corporativos, como la «Cyclopaedia» del inglés Ephram Chambers (1728) y la famosísima *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, de 35 volúmenes, dirigida por Diderot y D'Alambert (1751-1780) que serán punto de referencia obligado para la lexicografía posterior. La Academia Española, fundada en 1713, publica el *Diccionario de Autoridades* (8); Samuel Johnson edita en 1755 su *Dictionary of the English Language*. El análisis del Diccionario de Cuervo demuestra que tuvo muy en cuenta y supo utilizar los materiales y muchas de las orientaciones metodológicas de estos voluminosos proyectos. Pero estremece el contraste entre su solitaria aspiración y la magnitud de los recursos humanos y materiales desplegados en los proyectos colectivos.

La segunda mitad del siglo supone además una creciente y rica actividad lexicográfica procedente de América: el desarrollo de la geografía lingüística determina la aparición de los *diccionarios de americanismos*, elaborados y publicados en las nacientes repúblicas independientes (9). También Cuervo estudió las variantes regionales americanas: entre 1867 y 1872 aparecieron en Bogotá sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano, con frecuente referencia al de los países de Hispano-América*.

A pesar de tanta actividad, *el balance de la labor lexicográfica española independiente del siglo XIX* es, según Seco, decididamente negativo salvo los casos esperanzadores del *Nuevo Diccionario de la lengua castellana* de Vicente Salvá, editado en París en 1850, con un criterio más liberal que el de la Academia y un caudal léxico mucho más rico que el recogido por su diccionario; o del magno proyecto inconcluso de Cuervo:

«... El siglo XIX (representa) una pérdida de posiciones para nuestra lexicografía (...) Nada se hizo en ese siglo, para el español, comparable

(del historiador Johan Jacob Hoffmann (Basilea, 1677); *Dictionnaire historique et critique* del filósofo francés Pierre Bayle (Rotterdam, 1697).

(8) El *Diccionario de Autoridades* fue el primer diccionario académico; sus seis tomos se publicaron entre 1726 y 1739. El diccionario académico objeto de críticas no es éste, realmente una obra admirable, sino las versiones abreviadas sucesivas en las que se prescinde de las referencias literarias de autoridad.

(9) Entre ellos, el *Diccionario provincial casi razonado de voces y frases cubanas*, de E. Pichardo (La Habana, 1836); el *Diccionario hispano-chileno* de A. Febres (1846) y *Diccionario de chilenismos* (1875) de Z. Rodríguez, publicados ambos en Santiago de Chile; el *Diccionario de mexicanismos* de Ramos Duarte (México, 1845); *Vocabulario rioplatense*, de D. Granada, publicado en Montevideo en 1890; etc.

con la labor de Littré en Francia, o con la de Tommaseo en Italia, o con la de Grimm en Alemania, o con la de Murray en Inglaterra, con la de Webster en Estados Unidos. Labores todas que, por añadidura, han tenido eficaces continuadores» (10).

Sin olvidar los ideales del enciclopedismo francés en boga, tal vez por la evidencia de la limitación de los propios recursos, Cuervo tiene un criterio de *codificación selectiva, no exhaustiva*: basada en el criterio sintáctico presentado desde el título. Es un diccionario «selectivo o restringido», en la terminología de Porto da Pena, o «especializado», en la de Bernard Quemada. Y asociada a esta novedad del «Diccionario» de Cuervo tiene la virtud de la coherencia, de la sistematicidad: en los *criterios de selección*, en la perfecta determinación y aplicación de principios reguladores de la labor lexicográfica, Cuervo es un científico innovador. Mucho más cerca —en este punto— de las concepciones lexicográficas de nuestro tiempo que de las del suyo propio, Cuervo describe, registra y ordena los usos variados desde la *perspectiva sintáctica*, predominantemente literarios pero no sólo los aceptados por la norma. Es el *primer diccionario de carácter descriptivo en lengua española*. Como confirma Haensch, la lexicografía descriptiva, que en Europa dio obras meritorias, «no contó en España hasta el siglo XX ningún impulso decisivo». El Diccionario de Cuervo es la excepción que confirma la regla. Y como con absoluta claridad nos advierte el autor desde el título, la descripción se aplica a *la sintaxis, la construcción y el régimen*, característica que determina de modo tajante la *macroestructura* de la obra: se limita exclusivamente a las palabras a las que afectan los problemas de construcción y régimen.

Una vez seleccionado este léxico, Cuervo siguió el *método histórico* de la Lingüística de su tiempo, utilizando las referencias a las autoridades de la lengua castellana para ejemplificar cada una de las funciones sintácticas en los diversos momentos de su evolución. Y el siglo XIX es la época de los *diccionarios históricos* (11) de gran aliento, en los que cada artículo es una monografía documentada sobre la evolución de la palabra tanto en el plano del contenido como en el de la expresión. Como ya hemos apunta-

(10) M. Seco, *op. cit.*, p. 10.

(11) No debemos confundir «diccionario etimológico» con «diccionario histórico», según nos advierte Manuel Seco, porque éstos suponen la superación de los etimológicos en dos sentidos: por la riqueza de la aportación semántica registrada y porque el interés va más allá del origen de las unidades léxicas, alcanzando a presentar la historia completa de las mismas.

do, la labor lexicográfica francesa de la segunda mitad del siglo anterior —diccionarios enciclopédicos incluidos— mucho tuvo que ver con esta forma de trabajo: no interesaba ya exclusivamente la etimología de un término, sino toda su historia y evolución.

En cuanto a la ordenación *macroestructural* de los materiales, el Diccionario de Cuervo es *alfabético*, orden consolidado desde el siglo XVII; pero en la ordenación *microestructural* (del material dentro de cada artículo) otra vez Cuervo se revela como un lingüista moderno: ordena los materiales por *frecuencia y amplitud semántica* (la acepción más general y frecuente abre la serie de sentidos y significados citados) y en cada uno de los artículos incluye, siempre por este orden:

*a) Definición semántica; b) Caracterización metalingüística; c) Distinciones semántico-sintácticas, con los respectivos ejemplos literarios de uso en cada acepción y diferenciación sintáctica; d) Breve referencia etimológica.*

## La larga espera: la continuación del proyecto de Cuervo

LOS dos volúmenes editados y las casi 40.000 fichas con citas literarias que dejó a su muerte Cuervo quedaron a la espera de su continuación como un desafío al que no era fácil responder afirmativamente. Y para continuar este proyecto más propio de la época en que lo concibió Cuervo, fue necesario crear, en 1943, el Instituto que llevaría el nombre de «Caro y Cuervo» y que, desde entonces, es el ámbito adecuado para formar nuevos investigadores, filólogos que, en no poca medida, son responsables del amoroso cuidado por la lengua española que es proverbial entre los colombianos.

A partir de 1949, trabajaron en la continuación de la gran obra el colombiano Fernando Antonio Martínez y el español Joan Corominas. Pero los dos sabios no cumplieron el sueño de Cuervo y el proyecto fue objeto de innumerables y encontradas opiniones, no respecto de su utilidad sino en relación con el modo de llevarlo a cabo. El Instituto fue publicando fascículos sucesivos, muy lentamente; y con la contratación del español Porto Da Pena en 1973 y su discípulo colombiano Edilberto Cruz Espejo las cosas no cambiaron demasiado. Pero fue finalmente este último quien, ya como director, completó la tarea y puso remedio a la causa última que impidió a Cuervo ver realizada su ilusión: la soledad de

su trabajo. Edilberto Cruz Espejo formó un equipo con cuatro lexicógrafos y veinte licenciados que añadieron a los ejemplos literarios clásicos de Cuervo los procedentes de fuentes modernas incluso americanas: Borges, Paz, García Márquez...

Para poder completar la obra en 1995, fue menester reducir el corpus inicial —aunque los tres primeros tomos se conservan tal como los elaboraron Cuervo, Corominas y Martínez—, acelerar las investigaciones, y contar con el apoyo económico para la informatización del equipo procedente de organismos públicos y privados, entre ellos los que figuran como coeditores junto al Instituto Caro y Cuervo: Comisión V Centenario España, V Centenario Colombia, O.E.I.

### La edición actual responde al sueño de Cuervo

FRENTE a las ocho mil páginas de la actual edición, con sus más de tres mil entradas o artículos, nos preguntamos si se cumple el sueño de Cuervo; si se han respetado los criterios valiosos y originales del filólogo solitario; y si el paso del tiempo ha confirmado la validez de éstos. El cotejo del trabajo de Cuervo con el del Instituto permite responder afirmativamente.

Cuervo soñó con una obra descriptiva de la rica sintaxis de nuestra lengua, y la nueva edición responde a este objetivo. *Las diferencias no afectan cualitativamente a la concepción inicial*, sino a la extensión: los volúmenes escritos por Cuervo incluían 40.000 citas; la edición actual añade unas 600.000. Cuervo sólo había trabajado con autores clásicos; pero la edición actual incorpora las extraídas de las obras contemporáneas de la Literatura tanto españolas como hispanoamericanas lo que es sin duda un acierto. De haber vivido Cuervo en nuestros días, desde su actitud liberal y su objetivo de descripción, no habría dudado en hacer lo mismo.

En la edición actual se mantiene la microestructura de los artículos, pero se añaden citas y referencias de uso indicadas por otros monumentos lexicográficos disponibles hoy, por ejemplo, el de María Moliner; citas que no tienen por qué considerarse «de autoridad». En el fondo, lo mismo que buscaba Cuervo: la incorporación del uso vivo de la lengua.

No obstante la pervivencia de los criterios de Cuervo en la obra recién editada, sí debemos señalar *diferencias* que sólo reafirman la grandeza

del ilustre lingüista: fueron necesarios más de 123 años para elaborar los seis volúmenes que completarían la labor de unos veinticinco años de Cuervo, con resultado de dos volúmenes completos y uno casi acabado; todo un equipo de más de veinte personas, complejo arsenal de alta tecnología informática y, sobre todo, materiales literarios dignos de toda confianza hubieron de emplearse para *completar, no mejorar*, una obra concebida íntegramente en el interior del solitario lingüista bogotano. El esfuerzo de hoy, con ser importante, no resiste la comparación con el de Rufino José Cuervo. Pero hay que felicitar a quienes hicieron posible la culminación de su sueño, ya que abre nuevas vías para la investigación lingüística y proporciona a todos los hispanohablantes un *instrumento único y abarcador de la rica multiplicidad de nuestra lengua*. En este sentido quizás contribuya a agilizar la marcha de otro proyecto lexicográfico inacabado: el Diccionario Histórico de la Lengua Española en el que la RAE trabaja desde hace décadas.

Es probable que se alcen voces críticas, pero los hacedores del sueño de Cuervo recordarán, como seguramente hiciera éste, aquella otra frase de Samuel Jhonson:

«Todos los demás autores pueden aspirar al elogio; el lexicógrafo sólo puede esperar librarse del reproche, y aun esta recompensa negativa ha sido concedida hasta ahora a muy pocos.»